

Maria Pagliaro

TODO YA ESTÁ AQUÍ, AUNQUE NO SE VEA

Enrique Vargas y el
Teatro de los Sentidos

ICONO •

Índice

Modo de empleo	13
Prólogo	15

PRIMERA PARTE

Letras	21
La broma gastada a los estudiantes	22
Rocafort (Catalunya 2013)	23
El nido mágico	25
La vida en Rocafort (47 habitantes, 48 si llega un invitado)	26
El comienzo	27
Años cuarenta (El poema del viejo sabio)	28
La muerte danza con nosotros	30
Arrancar una planta	31
Tierra (Un sueño de Enrique)	32
Corazón de las Tinieblas (Obra basada en el libro <i>Heart of Darkness</i> de Joseph Conrad)	34
Sincronicidad	36
Años sesenta (Lucy, la mujer de la premonición)	38
Las mujeres y el río	40

¿Es ésta la imagen real?	41
Me enamoré de una ventana	42
Rocafort, Les Grauetes (Casa de Enrique [septiembre 2012]) ..	43
Desafiando una bicicleta (La infancia en el cafetal)	44
Miedos	45
Alrededor del fuego	46

SEGUNDA PARTE

Las Sombras	51
La trilogía: <i>El hilo de Ariadna</i>	52
La idea del tríplico	53
Los creadores de su propia historia	55
En la escuela de teatro	57
Primera vez en escena (marzo 1955)	58
El salmón remonta el río (octubre 2013)	59
Venta de la casa de Rocafort	61
La mudanza	63
Muchos Enriques	64
Barcelona. La cita en la estación	69
Generación beat	70
Años sesenta (Kalamazoo)	71
El éxito (La cárcel [1967-1968])	72
Libre	74
Valentina	75
Años setenta (Regreso a casa)	76
El primer laberinto (1987)	77
Europa	79

TERCERA PARTE

Encontrar lo visible en lo invisible	83
El Polvorín (La casa del Teatro de los Sentidos en Barcelona)	84
Fermentación	85
El juego de las preguntas	87
Reír la muerte	89
El silencio es subversivo (Extractos de una charla en Il Funaro)	90
Bitácora	94
Faustino Rimalés	95
Sancocho de cola	97
Pequeños ejercicios para el buen morir	98

La fuente	99
Nápoles	100
Habitantes, viajeros, imaginantes (El teatro como celebración colectiva)	101
¿Cómo pasar de un no ser a un ser?	103

Miradas

Enrique, por sus compañeros de viaje	109
Agradecimientos de la autora	121
Agradecimientos de Enrique Vargas	123



*Yo quiero ser uno
y soy la mitad,
la parte que falta
me hace caminar.*

E.V.

Modo de empleo

Con este libro se pueden hacer muchas cosas. Se puede sembrar, puede usarse como soporte para una lámpara que quieras mantener más alta o se puede usar como posavasos para no ensuciar el mantel antiguo.

Intenta no quemar el libro. Aunque serviría, en una situación de emergencia, para encender un fuego en una noche fría, en una casa de campo.

También es posible leerlo. Y si lo haces, hay muchas maneras diferentes de emprender la lectura.

Lo puedes saborear o mordisquear.

Una buena forma de leerlo, de leer una vida, es olisqueándola.

Cuando leas este libro yo seguramente no estaré aquí. Es posible que esté en otra burbuja. Podría estar donde menos lo imagines.

Quizá pueda verte desde una ventanita o apoyarme en tu hombro, en esa condición a la que los vivos presuntuosamente llamamos muerte.

Bueno, que sepas que, si no terminas el libro, esta noche voy a ir a jalarte las piernas. Lo que has empezado debes terminarlo. Allí donde están mis huesos enterrados, en la lápida, hay una pequeña inscripción que dice «Lo intenté».

Así que tengo el derecho al desquite.

La antigua Cábala tiene un proverbio que dice: «El hombre piensa, Dios ríe».

Se entra en un libro como se entra en un bosque, en una selva, o en los abismos del mar. Un libro indica un camino, más o menos aburrido o interesante, triste, alegre o trágico. Tanto como lo sean sus protagonistas.

No somos ni más ni menos que la historia que nos estamos contando.

Somos escritura haciéndose.

Enrique Vargas

Prólogo

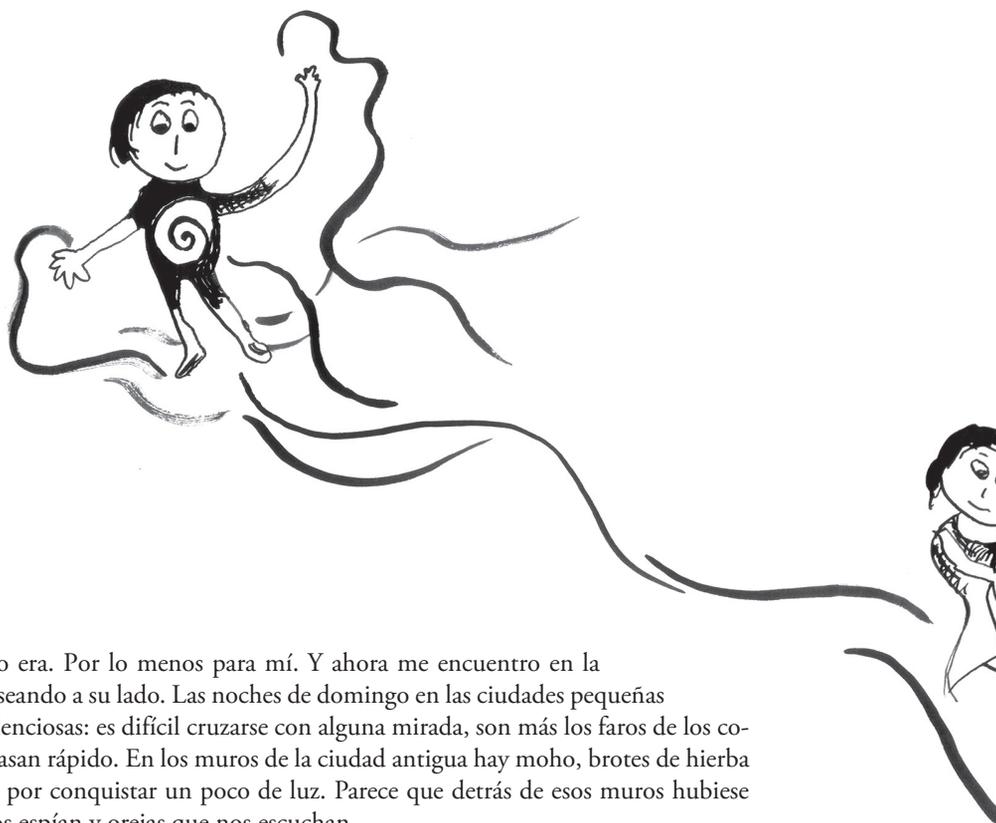
«¿Tú crees en las coincidencias?»

«Es lo único en lo que creo».

Estamos en una calle silenciosa y húmeda. Las noches de abril aún siguen siendo frías en la Toscana. Paseo con Enrique Vargas por los callejones de Pistoia después de un seminario en el centro teatral Il Funaro. Todos los demás participantes se han marchado al acabar el trabajo. Sólo nos hemos quedado Enrique y yo. He hecho mi primer taller con el Teatro de los Sentidos, el primero de otros muchos que llegarán. Por la noche me había parecido oír un chirrido, unos ruidos de cuerdas viejas. Me pregunté si era cierto que en el viejo caserón del Funaro se había instalado un fantasma.

Muchos meses antes, a mil kilómetros de distancia, un rellano y una extraña coincidencia. Enrique estaba en Palermo, donde yo ya me había hecho con una entrada para ver su espectáculo *Abitare Palermo*. Esa mañana me había despertado hablando en español, tan misteriosamente en voz alta, sin preguntarme por qué. Me lo pregunté diez minutos después cuando los chicos de la compañía del Teatro de los Sentidos y Enrique llamaron jadeantes a mi puerta para pedir ayuda, en español, claro está, por una tubería de agua que se había roto; así descubrí que el director que tanto había apreciado en muchos espectáculos que había visto, vivía en el piso que estaba al lado del mío.

Creo que las coincidencias son el lenguaje secreto del Universo, y la sincronicidad, su poética. Es el cuerpo lo que te guía cuando una coincidencia es significativa.



Y aquella lo era. Por lo menos para mí. Y ahora me encuentro en la Toscana paseando a su lado. Las noches de domingo en las ciudades pequeñas son muy silenciosas: es difícil cruzarse con alguna mirada, son más los faros de los coches, que pasan rápido. En los muros de la ciudad antigua hay moho, brotes de hierba que luchan por conquistar un poco de luz. Parece que detrás de esos muros hubiese ojos que nos espían y orejas que nos escuchan.

Hemos cenado una pizza en un restaurante cerca del centro cultural, al llegar todo el mundo lo ha saludado sonriendo: «Buonasera, maestro». En la mesa de una anónima pizzería de la Toscana, en un tranquilo domingo de primavera, ha nacido la idea de escribir la biografía de Enrique. Nada fácil.

Enrique es muy generoso en sus narraciones, pero se escabulle frente a muchas preguntas. Es un «fabricante» de juegos, como le gusta decir de sí mismo. Su trabajo es oler sueños e intentar darles forma a través de obras teatrales.

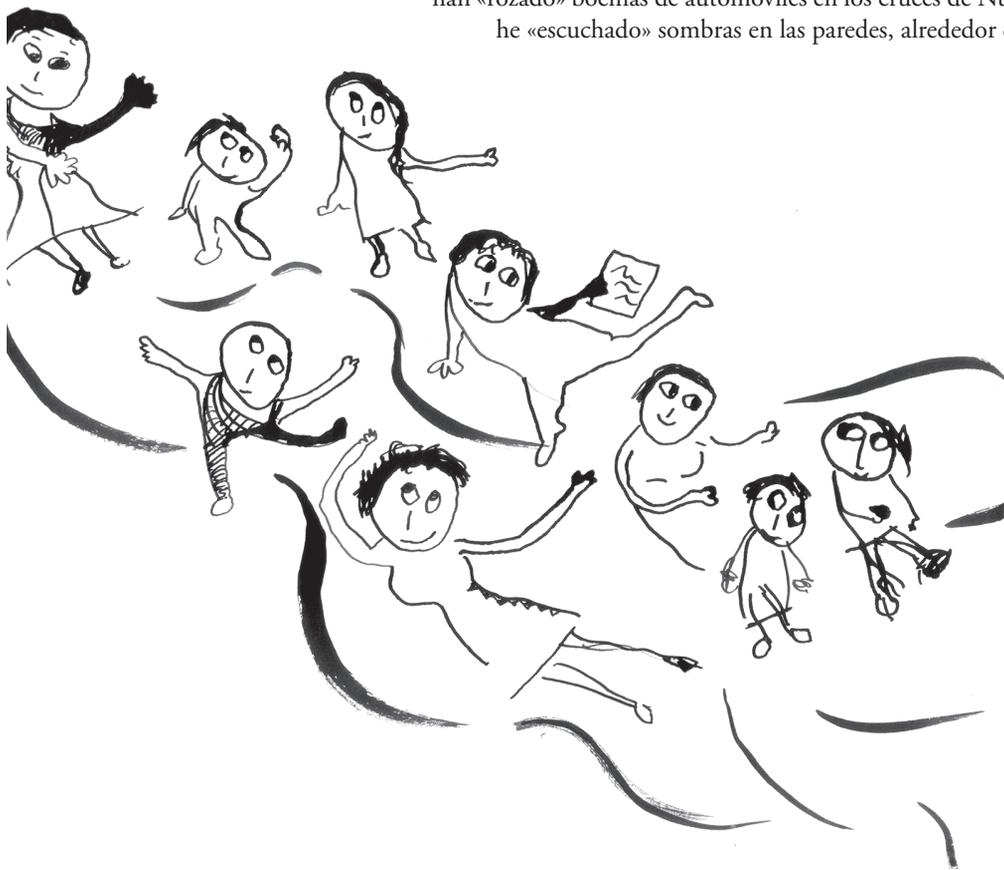
No siempre podía ir detrás de él: acaba de llegar de Colombia y está a punto de viajar a Japón, vuela hacia la Toscana y luego sale para Bélgica. Siempre cazando los millones de sueños de los seres humanos, que están ahí en el aire.

Su casa son las obras que crea, sólo en ellas ha encontrado un nido. Es inevitable que Enrique abra puertas secretas a los viajeros que encuentra en el camino y va tejiendo tramas invisibles entre estos mismos viajeros. A mí me abrió el cofre de la memoria, el suyo, un espacio íntimo y secreto que, como buen soñador, tiene cerrado

con llave. Me acerqué con estupor y delicadeza, intentando respetar la intimidad de su vida, de su historia.

Los recuerdos vuelven sin pedir permiso, y así la nostalgia. De cada cajón un relato, un olor, un recuerdo, una emoción. La infancia en la plantación de café, su vida en Europa, las mujeres, los hijos, las obras, el regreso a Colombia después de muchos años. Las etapas de la vida de un hombre que se comprometió con ella, con la vida, de una forma total.

Enrique abrió algunas puertas sólo para mí, siendo siempre muy franco, y me ha dejado mirar. A veces algunos recuerdos se han mezclado con los míos y algunas sugerencias me conquistaron del todo, transportándome a un tiempo que no he vivido, y esto es algo que no pasa muy a menudo. Fragmentos de visión que Enrique me ha dejado la libertad de poner en juego. Y se lo agradezco enormemente. Por unos misteriosos momentos de sinestesia, en los que me parecía que el tiempo Kronos se hubiera detenido, he «respirado» los colores del jardín de una casa colonial colombiana, me han «rozado» bocinas de automóviles en los cruces de Nueva York y he «escuchado» sombras en las paredes, alrededor del fuego.



Letras

«Últimamente me siento como una letra del alfabeto, no sé qué letras están a mi lado, tampoco qué palabras, y menos en qué parte del libro estamos. Y dentro de todo este misterio puedo entrever unos ojos que miran el libro o una mano que escribe. Sin embargo, y me cuesta, intuyo que mis ojos también miran el libro y tal vez mi mano también esté escribiendo. También aquí podríamos vernos, ver nuestras vidas como unas frases interesantes con errores de ortografía».



La broma gastada a los estudiantes

El aula está a petar. Los chicos del primer año del posgrado en Lenguaje sensorial y Poética del Juego de la Universitat de Girona esperan con curiosidad e impaciencia la llegada del profesor Enrique Vargas Gutiérrez, que hoy justamente dará su primera clase. Han oído mucho hablar de él, algunos de ellos han visto sus espectáculos y han quedado tan fascinados que han decidido apuntarse al posgrado.

Cuando la puerta se abre de par en par y entra el profesor, toda la sala no puede dejar de fijarse en su peinado. Enrique, muy serio, se presenta y empieza la clase. Los chicos lo escuchan encantados, pero a cada tanto, cuando el profesor sacude un poco la cabeza, su pelo se mueve de manera extraña. Conforme pasan los minutos, el profesor enciende el tono de sus relatos y el pelo tiembla aún más. La incomodidad de los chicos, entre risitas ahogadas y cuchicheos, es evidente. Hasta el momento en que Enrique hace un movimiento muy brusco y su «pelo» postizo, comprado en una tienda de Lille, vuela y cae al suelo, mientras en la sala se oye una gran risa colectiva.

«La torre de la catedral de Manizales es la más alta de Colombia: se cuenta que si una persona cae de la torre no muere por la caída, sino por el hambre que le da antes de tocar el suelo.

En la ciudad existe una antigua tradición persa que, vayan a saber cómo, a través de los españoles, llegó hasta América del Sur. Es la de los narradores de mentiras. Son mentirosos profesionales, trabajan dentro de una variedad de tradición oral conocido como el "repentismo". Es el único sitio que conozco en donde pagas para escuchar mentiras. Tú estás sentado en un bar tomando un café o una cerveza y alguien se acerca a tu mesa, te cuenta un sartal de mentiras, y si son suficientemente sorprendentes, tú se las pagas y se va.

Tal vez con ese mismo espíritu es con el que podríamos comprar la prensa cotidiana. Todos sabemos que los medios masivos mienten y es el ingenio con que lo hacen lo único que los justifica.

Nací en Manizales, pero pasé mi infancia en la región de Quindío donde se hallaba la finca cafetera de mi familia».

Rocafort

—Catalunya 2013—

«Érase una vez un sabio», me contaba la abuela Emilia, “que un día. Tan pobre y mísero estaba que sólo se alimentaba de las hierbas que cogía. ¿Habrá otro, entre sí decía, más pobre y triste que yo? Y halló la respuesta viendo que otro sabio iba cogiendo las hierbas que él desechó”.

Tuvieron que pasar cincuenta y cinco años para que comprendiera ese cuento. Durante mucho tiempo pensé que lo que a mí me interesaba no podía tener sentido para los demás y lo mejor que podía hacer era terminar con mi vida con mis propias manos. Pero pensar que a otros, como el sabio del cuento, les podía interesar lo que yo desechaba, me salvó la vida.

La abuela Emilia me había obligado a aprender un poema de Calderón: una poesía que aprendí con tres años y que entendí con cincuenta y cinco».

Hojeamos un viejo álbum de fotos preciosas de la infancia de Enrique. Lo guarda en su estudio sobre una mesita pequeña, bajo la ventana por la que se ve el valle.

En el escritorio hay conchas, hojas secas, pequeños cuadros, y viejos carteles y marcos llenos de polvo. Hojeamos el álbum: hay una foto de su madre vestida de novia acompañada de dos niños risueños, tal vez los pajes, en el día de la boda.

Y hay otras fotos, de sus abuelos: está su abuelo paterno, Temístocles, un pianista, una foto de la «muy severa» abuela Emilia.

Y hay una foto de Enrique de niño con el cabello rizado de una dama.



«Era un niño bastante solitario, en mi día a día jugaba siempre solo, mi hermano era mayor. Cuando me llamaban era para regañarme porque seguro había hecho algo que no debía. Daba vueltas por los cafetales sembrados por el abuelo materno Daniel Gutiérrez. Siempre buscaba sitios pequeños, donde yo pudiera caber, esconderme, protegerme, como una segunda piel. La abuela Emilia era muy severa de verdad —todavía estamos hojeando el álbum de las fotos antiguas—. Mi madre, Fanny, era muy dulce y cariñosa. Éste es mi abuelo paterno, un pianista, y ésta mi madre, hermosa, el día de su boda, y éste es mi padre, que se reía para adentro».

«Como tú, Enrique».

«Éstos son Marta, Martín y Said, los hijos que Marta y yo adoptamos. Ésta es Emilia, la abuela que me enseñó ese poema. Y mira mi foto con la corbata. Me ganaba la vida dando clases y tenía que ir bien vestido».

«Enrique, tu padre y tú sois idénticos, es increíble. Pero en tus obras hay una parte femenina muy fuerte, o por lo menos me lo parece a mí».

«Mi fuerza, mi naturaleza es más *anima* que *animus*. Mi madre sigue teniendo un papel importante en mi vida. Pienso mucho en ella. Sí. Pienso mucho en ella».

«Me emociona cuando te escucho hablar de ella porque se nota que siempre estuvo muy presente. ¿De niño cómo eras con ella?».

«Bueno, ella era una persona muy sabia. Ella conocía mi futuro».

El nido mágico

«Guardo un recuerdo muy fuerte de mi infancia: tenía cinco o seis años cuando mi padre me llevó a Bogotá. Me sentía muy atemorizado por la ciudad.

En Bogotá mi padre tenía un amigo con un hijo de mi edad. Un día me llevó a jugar con él. Aún recuerdo todos los detalles de ese día: el gran portal de la entrada, la finca rodeada por un parque, una bonita escalera de mármol italiano, un piso muy elegante. En ese piso encontré un juguete mágico, el más fascinante que pudiera imaginar: unos pequeños nidos para mirar sin ser visto. Me podía mover en la oscuridad de esos nidos, me acogían, cabía en ellos. Todo era tan suave: podía buscar algo que todavía no sabía qué era. Mi amigo se llamaba Álvaro Gutiérrez, su hermana se llamaba Copo y era tres años mayor que nosotros.

Con almohada, mantas, telas y otros objetos, Copo había construido debajo de la cama un pequeño laberinto: era como si hubiese encontrado mi primer hogar, mi primer nido mágico, una segunda piel. Nunca lo olvidaré. En la vida pasa así: un momento puede marcar una vida entera, un parpadeo cambia el sentido de tu camino. Esa tarde en casa de Copo marcó mi vida».

¿Me repites la receta de estas verduras?».

«Antes frías la cebolla con agua y aceite, así es más ligera; luego le añades el calabacín y la cúrcuma. A la salsa de calabacines le añadirás el hinojo. ¿Ya no hay? Voy a por él».

La vida en Rocafort

—47 habitantes, 48 si llega un invitado—

«¿Sabes qué me gustaría? Que el mundo le dedicara un festival o un día a la pereza. Sí, ya sé, no es una idea muy original, pero me gustaría.

Para trabajar en mis obras necesito un vacío, una segunda piel.

Hay una profunda diferencia entre caos y confusión, mi vida ya es muy caótica. En cualquier proceso creativo el caos está siempre en el origen, sólo hay que sentirlo, pero si hay confusión no se puede hacer nada.

Cuando vivo en la ciudad estoy peligrosamente en medio de la confusión. Caos y confusión me impiden crear. Cuando vivo en el campo hay caos, sí, pero también silencio. La soledad es una forma de encontrarse. No pienso vivir en una ermita, pero creo debemos valorar nuestra tendencia a la pereza.

En la ciudad es casi imposible no hacer nada, la vida urbana nos lleva a creer que si no estamos realizando una actividad "productiva" no estamos haciendo nada. Bachelard decía que "nuestra vida está tan llena que actúa cuando no hacemos nada". Yo añadiría que "actúa mejor".

La palabra pereza es reduccionista, pedagógica y negativa. No es suficientemente "productiva". O eres un buen estudiante-trabajador o eres perezoso, pero detrás de la palabra pereza hay una emoción, un estado de ánimo, una rebelión y un potencial enorme allí escondido. Para mi la pereza siempre ha sido libertaria».

